



Legado en  
los huesos Dolores  
Redondo

# Legado en los huesos

Dolores  
Redondo

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1280

© Dolores Redondo Meira, 2013  
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.planetadelibros.com  
www.edestino.es

Primera edición: noviembre de 2013  
Primera edición en esta presentación: enero de 2022

ISBN: 978-84-233-6074-1  
Depósito legal: B. 18.400-2021  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rotoprint, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# I

El ambiente en el juzgado era irrespirable. La humedad de la lluvia, prendida en los abrigos, comenzaba a evaporarse, mezclada con el aliento de cientos de personas que abarrotaban los pasillos frente a las distintas salas. Amaia se desabrochó el chaquetón mientras saludaba al teniente Padua, que, tras hablar brevemente con la mujer que lo acompañaba e instándola a entrar en la sala, se acercó sorteando a la gente que esperaba.

—Inspectora, me alegro de verla. ¿Cómo se encuentra? No estaba seguro de que pudiera estar aquí hoy —dijo, con un gesto hacia el abultado vientre.

Ella se llevó una mano a la tripa, que evidenciaba el último tramo del embarazo.

—Bueno, parece que de momento aguantará. ¿Ha visto a la madre de Johana?

—Sí, está bastante nerviosa. Espera dentro acompañada por su familia, acaban de llamarme de abajo para decir que ha llegado el furgón que trae a Jasón Medina —dijo dirigiéndose al ascensor.

Amaia entró en la sala y se sentó en uno de los bancos del final; aun así veía a la madre de Johana Márquez, enlutada y mucho más delgada que en el funeral de la niña. Como si percibiese su presencia, la mujer se volvió a mirar y la saludó con un breve gesto de asentimiento. Amaia intentó sonreír, sin conseguirlo, mientras apreciaba la apa-

riencia lavada del rostro de aquella madre atormentada por la certeza de no haber podido proteger a su hija del monstruo que ella misma había llevado a casa. El secretario procedió a leer en voz alta los nombres de los citados. No se le escapó el gesto de crispación que se dibujó en la cara de la mujer al escuchar el nombre de su marido.

—Jasón Medina —repitió el secretario—. Jasón Medina.

Un policía de uniforme entró corriendo en la sala, se acercó al secretario y le susurró algo al oído. A su vez se inclinó para hablar con el juez, que escuchó sus palabras, asintió, llamó al fiscal y a la defensa, les habló brevemente y se puso en pie.

—Se suspende la sesión, serán citados nuevamente si así procede. —Y sin decir más, salió de la sala.

La madre de Johana comenzó a gritar mientras se volvía hacia ella demandando respuestas.

—No —chilló—, ¿por qué?

Las mujeres que la acompañaban intentaron en vano abrazarla para contener su desesperación.

Uno de los policías se acercó a Amaia.

—Inspectora Salazar, el teniente Padua le pide que baje a los calabozos.

Al salir del ascensor vio que un grupo de policías se arremolinaba frente a la puerta de los baños. El guardia que la acompañaba le indicó que entrase. Un policía y un funcionario de prisiones se apoyaban contra la pared con los rostros demudados. Padua miraba hacia el interior del cubículo, apostado en el borde del charco de sangre que se derramaba por debajo de la estructura que separaba los retretes y que aún no había comenzado a coagularse. Al ver entrar a la inspectora se hizo a un lado.

—Le dijo al guardia que tenía que entrar al baño. Ya ve que está esposado, aun así logró rebanarse el cuello.

Todo fue muy rápido, el policía no se movió de aquí, le oyó toser y entró, no pudo hacer nada.

Amaia dio un paso adelante para ver el cuadro. Jassón Medina aparecía sentado en el retrete con la cabeza echada hacia atrás. Un corte oscuro y profundo surcaba su cuello. La sangre había empapado la pechera de la camisa como un babero rojo que hubiera resbalado entre sus piernas, tiñendo todo a su paso. El cuerpo aún emanaba calor, y el olor de la muerte reciente viciaba el aire.

—¿Con qué lo ha hecho? —preguntó Amaia al no ver ningún objeto.

—Un cúter. Se le cayó de las manos al perder fuerza y fue a parar al váter de al lado —dijo empujando la puerta del siguiente retrete.

—¿Cómo pudo meter eso aquí? Es de metal, el arco tuvo que detectarlo.

—No lo introdujo él, inspectora. Mire —dijo señalando—, si se fija verá que el mango del cúter lleva pegado un trozo de cinta americana. Alguien se tomó muchas molestias para dejar el cúter aquí, seguramente tras la cisterna, él no tuvo más que despegarlo de su escondite.

Amaia suspiró.

—Y eso no es todo —dijo Padua, disgustado—. Esto asomaba del bolsillo de la chaqueta de Medina —dijo levantando con una mano enguantada un sobre blanco.

—Una carta de suicida —sugirió Amaia.

—No exactamente —dijo Padua tendiéndole un par de guantes y el papel—. Y va dirigida a usted.

—¿A mí? —se extrañó Amaia.

Se puso los guantes y tomó el sobre.

—¿Puedo?

—Adelante.

La solapa estaba adherida con un suave pegamento que cedió sin rasgarse. Dentro, una cartulina blanca con una sola palabra escrita en el centro del papel.

«Tarttalo.»

Amaia sintió una fuerte punzada en el vientre, con-  
tuvo el aliento disimulando el dolor, volvió el papel para  
comprobar que no hubiese nada escrito por el envés, y se  
lo tendió a Padua.

—¿Qué significa?

—Esperaba que usted me lo dijera.

—Pues no lo sé, teniente Padua, no significa gran cosa  
para mí —respondió Amaia un poco confusa.

—Un tarttalo es un ser mitológico, ¿no?

—Pues... sí, hasta donde yo sé es un cíclope de la mi-  
tología grecorromana, y también de la vasca. ¿Adónde  
quiere llegar?

—Usted trabajó en el caso del basajaun, que también  
era un ser mitológico, y ahora el asesino confeso de Johana  
Márquez, que casualmente intentó imitar un crimen del  
basajaun para esconder el suyo, se suicida y le deja una  
nota a usted, una nota en la que pone «Tarttalo». No irá a  
decirme que no es por lo menos curioso.

—Sí, lo admito —suspiró Amaia—. Es raro, pero en  
su momento ya establecimos sin lugar a duda que Jasón  
Medina violó y asesinó a su hijastra y después intentó de  
forma bastante chapucera imitar un crimen del basajaun.  
Además, él lo confesó con todo lujo de detalles. ¿Insinúa  
que quizá no fuera el autor?

—No me cabe ninguna duda de que él lo hizo —afir-  
mó Padua mirando el cadáver con gesto de fastidio—.  
Pero está el tema de la amputación y de los huesos de la  
chica que aparecieron en Arri Zahar, y ahora esto, espera-  
ba que usted pudiera...

—No sé qué significa esto, ni por qué lo dirige a mí.  
Padua suspiró sin dejar de observar su gesto.

—Claro, inspectora.

Amaia se dirigió a la salida trasera decidida a no encontrar-  
se con la madre de Johana. No habría sabido qué decirle,

quizá que todo había acabado, o que al final aquel desgraciado se había escabullido hacia el otro mundo como la rata que era. Mostró a los guardias su placa y por fin se vio libre de la atmósfera del interior. Había dejado de llover y, a través de las nubes, la luz incierta y brillante de entre chubascos tan típica de Pamplona le arrancó unas lágrimas mientras revolvía su bolso buscando las gafas de sol. Le había costado encontrar un taxi que la llevara al juzgado en hora punta. Cuando llovía siempre pasaba lo mismo, pero ahora unos cuantos coches hacían cola en la parada mientras los pamploneses optaban por caminar. Se detuvo un momento ante el primero. Aún no quería ir a casa, la perspectiva de tener a Clarice dando vueltas y bombardeándola a preguntas no le resultaba nada atractiva. Desde que sus suegros habían llegado hacía dos semanas, el concepto de hogar había sufrido serias alteraciones. Miró hacia las invitadoras cristaleras de las cafeterías situadas frente al juzgado y al extremo de la calle San Roque, donde vislumbró los árboles del parque de la Media Luna. Calculó un kilómetro y medio hasta su casa y echó a andar. Si se cansaba, siempre podía coger un taxi.

Sintió un inmediato alivio cuando al penetrar en el parque dejó el ruido del tráfico a su espalda, y el frescor de la hierba mojada sustituyó el del humo de los coches. De modo imperceptible relajó su paso y enfiló uno de los senderos de piedra que recortaban el perfecto verdor. Tomó aire profundamente y lo dejó salir muy despacio. Menuda mañana, pensó; Jasón Medina encajaba perfectamente en el perfil del reo que se suicida en prisión. Violador y asesino de la hija de su esposa, había permanecido aislado a la espera del juicio, y resultaba seguro que la perspectiva de mezclarse con los presos comunes tras la condena le había aterrorizado. Lo recordaba de los interrogatorios nueve meses atrás, durante las investigaciones del caso Basajaun, como un ratón lloroso y asustado, que confesaba sus atrocidades entre un mar de lágrimas.

Aunque eran casos distintos, el teniente Padua de la Guardia Civil la había invitado a participar, debido al intento chapucero de Medina de imitar el modus operandi del asesino en serie que ella perseguía, basándose en lo que había leído en la prensa. Nueve meses, justo cuando quedó embarazada. Muchas cosas habían cambiado desde entonces.

—¿Verdad, pequeña? —susurró, acariciándose la tripa.

Una fuerte contracción la obligó a detenerse. Apoyada en el paraguas e inclinada hacia adelante aguantó la impresión de terrible pinchazo en la parte baja del vientre, que se extendió hasta la cara interna de los muslos, provocándole un calambre que le arrancó un quejido, no tanto de dolor como de sorpresa por la intensidad. La oleada decreció tan rápido como había llegado.

Así que así era. Se había preguntado mil veces cómo sería estar de parto y si sabría distinguir las primeras señales o sería una de esas mujeres que acuden al hospital con la cabeza del niño fuera o que dan a luz en un taxi.

—¡Oh, pequeña! —le habló dulcemente—, aún falta una semana, ¿estás segura de querer salir ya?

El dolor había desaparecido como si nunca hubiera venido. Sintió una inmensa alegría y una oleada de nervios ante la inminencia de su llegada. Sonrió feliz y miró alrededor como queriendo compartir su gozo, pero el parque estaba desierto, húmedo y fresco, de un verde esmeralda que, con la luz brillante que se proyectaba a través de la capa de nubes que cubría Pamplona, resultó más radiante y hermoso aún, haciéndole recordar la sensación de descubrimiento que siempre tenía en Baztán y que le resultó un regalo inesperado en Pamplona. Empezó de nuevo el camino, transportada ahora al mágico bosque y a los ojos dorados del señor de aquellos dominios. Solo nueve meses antes se encontraba investigando allí, en el lugar donde había nacido, en el lugar del que siempre quiso irse, el lugar al que regresó para cazar a un asesino y donde concibió a su pequeña.

La certeza de su hija creciendo en su interior había supuesto en su vida el bálsamo de calma y serenidad que siempre había imaginado y que en aquel momento había sido lo único que podía ayudarla a afrontar los terribles hechos que le había tocado vivir y que unos meses antes habrían acabado con ella. Volver a Elizondo, escarbar en su pasado y, sobre todo, la muerte de Víctor, habían trastocado su mundo y el de toda su familia. La tía Engrasi era la única que permanecía inalterable, echando sus cartas, jugando al póquer cada tarde con sus amigas y sonriendo de ese modo en que lo hacen los que están de vuelta de todo. Flora se había trasladado precipitadamente a Zarautz, bajo el pretexto de rodar a diario los programas de repostería para la televisión nacional, y había cedido, quién lo iba a decir, el mando de Mantecadas Salazar a Ros, que, para sorpresa de Flora y confirmando lo que Amaia había pensado siempre, se había revelado como una magnífica gerente, aunque un poco abrumada al principio. Amaia le había ofrecido su ayuda y casi todos los fines de semana en los últimos meses los habían pasado en Elizondo, aunque hacía tiempo que se había dado cuenta de que Ros ya no necesitaba su apoyo. Sin embargo, seguía yendo allí, a comer con ellas, a dormir en casa de la tía, a casa. Desde el momento en que su pequeña comenzó a crecer dentro de su vientre, desde que se había atrevido a ponerle nombre al miedo y a compartirlo con James, y seguramente también debido al contenido del DVD que guardaba junto a su arma en la caja fuerte de su dormitorio, lo supo, supo que tenía una certeza, una sensación de hogar, de raíz, de tierra, que había creído perdida durante años y para siempre.

Al entrar en la calle Mayor comenzó a llover de nuevo. Abrió su paraguas y caminó sorteando a la gente de compras y a algunos peatones presurosos y desprotegidos que caminaban medio encorvados bajo los aleros de los edificios y las marquesinas de los comercios. Se detuvo

ante el colorido escaparate de una tienda de ropa para niños y observó los vestiditos rosas bordados con minúsculas florecillas, y pensó que quizá Clarice tenía razón y debería comprarle algo así a su pequeña. Suspiró, malhumorada de pronto, mientras pensaba en la habitación que Clarice le había montado para la niña. Sus suegros habían venido para el nacimiento de la pequeña, y aunque llevaban solo diez días en Pamplona, ella ya había conseguido copar las peores previsiones de suegra entrometida que podían esperarse. Desde el primer día había puesto de manifiesto su extrañeza de que no tuvieran montado un dormitorio para el bebé habiendo varios cuartos vacíos en la casa.

Amalia había recuperado una cuna antigua de madera noble que durante años había estado en el salón de tía Engrasi, utilizada como leñera. James la había lijado hasta sacar la veta de debajo de la capa de barniz viejo, la había barnizado de nuevo y las amigas de Engrasi le habían cosido unos primorosos faldones y un cobertor blanco que realizaba el valor y la solera de la cunita. Su dormitorio era grande, tenían espacio de sobra, y la idea de tener a la niña en otra habitación no le terminaba de convencer, por muchas ventajas que le asignasen los expertos. No, no le gustaba, al menos de momento. Los primeros meses, mientras le diera el pecho, tenerla cerca facilitaría las tomas nocturnas y contribuiría a su tranquilidad el estar segura de que la podría oír si lloraba o si le pasaba algo...

Clarice había puesto el grito en el cielo. «La niña debe tener su propia habitación, con todas sus cosas cerca. Créeme, ambas descansaréis mejor. Si la tienes al lado estarás toda la noche pendiente de cada suspiro, de cada movimiento. Ella tiene que tener su espacio y vosotros el vuestro. Además, no creo que sea muy saludable para la niña compartir dormitorio con dos adultos, luego los niños se acostumbran y no hay manera de llevarlos a su habitación.»

Ella también había leído los libros de una caterva de prestigiosos pediatras decididos a adoctrinar a toda una

nueva generación de infantes educados en el sufrimiento, a los que no había que coger demasiado en brazos, que tenían que dormir solos desde que nacían y a los que no había que consolar en sus ataques de frustración porque debían aprender a ser independientes y a administrar sus fracasos y miedos. A Amaia le revolvió el estómago tanta necedad. Suponía que si alguno de esos ilustres doctores se hubiera visto obligado como ella a «administrar» su miedo desde la infancia, quizá su visión del mundo sería algo diferente. Si su hija quería dormir con ellos hasta los tres años, le parecía perfecto: quería consolarla, escucharla, dar y restar importancia a sus pequeños temores, que como ella bien sabía podían ser enormes también en un niño pequeño. Pero era evidente que Clarice tenía sus propias ideas de cómo debían hacerse las cosas y estaba dispuesta a compartirlas con el mundo.

Tres días atrás, al llegar a casa, se había encontrado el regalo sorpresa de su suegra, una magnífica habitación con armarios, cambiador, chifonier, alfombras, lámparas. Un empacho de nubes y corderitos rosas, de lazos y puntillas por todas partes. James la había esperado en la puerta con cara de circunstancias y mientras la besaba le había susurrado una disculpa, «Lo hace con buena intención», que ya había alarmado a Amaia lo suficiente como para que se le helase la sonrisa ante el empalago de rosa mientras valoraba el hecho de estar siendo alienada en su propia casa. Clarice, sin embargo, se mostraba encantada, moviéndose entre los muebles nuevos como una presentadora de televisión, mientras su suegro, imparable como siempre ante su enérgica esposa, continuaba leyendo la prensa sentado en el salón y sin inmutarse. A Amaia le costaba imaginar que Thomas fuera el director de un imperio financiero en Estados Unidos; ante su esposa, se comportaba con una mezcla de sumisión e indolencia que le resultaban siempre sorprendentes. Amaia fue consciente de lo incómodo que se sentía James, y solo por eso procuró mantener el

tipo mientras su suegra le mostraba la maravillosa habitación que le había comprado.

—Mira qué precioso armario, aquí te cabe toda la ropa de la niña, y el cambiador tiene en su interior un vestidor completo. No me negarás que las alfombras son preciosas y aquí —dijo sonriendo, satisfecha—, lo más importante, una cuna digna de una princesa.

Amaia reconoció que la enorme cuna rosa era propia de una infanta y tan grande que la niña podría dormir en ella hasta los cuatro años.

—Es bonita —se obligó a decir.

—Es preciosa, y así podrás devolverle la leñera a tu tía.

Amaia salió de la habitación sin contestar, se metió en su cuarto y esperó a James.

—Oh, lo siento, cariño, no lo hace con mala intención, es que ella es así, serán solo unos días más. Sé que estás teniendo mucha paciencia, Amaia, y te prometo que en cuanto se vayan nos desharemos de todo lo que no te guste.

Había aceptado, por James y porque no tenía fuerzas para discutir con Clarice. James tenía razón, estaba teniendo mucha paciencia, algo que no iba con su carácter. Sería la primera vez que permitía que alguien la maneja, pero en esta última fase del embarazo algo había cambiado en ella. Hacía días que no se sentía bien, toda la energía de la que había gozado en los primeros meses había desaparecido, sustituida por una desgana inusual en ella, y la presencia dominante de su suegra venía a poner más de manifiesto su falta de fuerzas. Volvió a mirar la ropita del escaparate y decidió que bastante tenía ya con todo lo que había comprado Clarice. Sus excesos de abuela primeriza la ponían enferma, aunque había algo más, y es que secretamente habría dado cualquier cosa por sentir esa borrachera de felicidad rosa que aquejaba a su suegra.

Desde que se había quedado embarazada, apenas había comprado para la niña un par de patucos, camisetas y polainas y unos cuantos pijamitas de colores neutros. Su-

ponía que el rosa no era su color favorito. Cuando veía en un escaparate los vestiditos, las chaquetas, los faldones y todos aquellos objetos plagados de lazos y florecillas aplicadas, pensaba que eran hermosos, adecuados para vestir a una pequeña princesa, pero cuando los tenía en la mano sentía un rechazo frontal hacia tanta ñoñería cursi y terminaba por no comprar nada, confusa y enfadada. No le habría venido mal un poco del entusiasmo de Clarice, que se deshacía en exclamaciones apreciativas ante los vestiditos con zapatitos a juego. Sabía que no podía ser más feliz, que había amado a aquella criatura desde siempre, desde que ella misma era una niña oscura y desdichada y soñaba con ser madre un día, una madre de verdad, un deseo que cobró forma cuando conoció a James y que llegó a atenazarla con la duda y el miedo cuando la maternidad amenazó con no llegar, hasta el punto de plantearse un tratamiento de fecundidad. Y entonces, nueve meses atrás, y mientras investigaba el caso más importante de su vida, se había quedado embarazada.

Era feliz, o al menos creía que debía serlo y eso la confundía aún más. Hasta hacía poco se había sentido plena, contenta y segura como hacía años que no se sentía, y sin embargo, en las últimas semanas, nuevos temores, que eran en realidad tan viejos como el mundo, habían regresado furtivamente, colándose en sus sueños mientras dormía y susurrándole palabras que conocía y que no quería reconocer.

Una nueva contracción menos dolorosa pero más larga tensó su vientre. Miró el reloj. Veinte minutos desde la última en el parque.

Se dirigió al restaurante donde habían quedado para comer porque Clarice desaprobaba que James cocinase a diario, y entre las insinuaciones de que debían contar con servicio en casa y ante el riesgo de que cualquier día al llegar pudiera encontrarse con que tenían un mayordomo inglés, habían optado por comer y cenar todos los días fuera.

James había elegido un moderno restaurante en una calle paralela a la calle Mercaderes, donde vivían. Clarice y el silencioso Thomas sorbían sendos Martinis cuando Amaia llegó. James se levantó nada más verla.

—Hola, Amaia, ¿qué tal estás, amor? —dijo besándola en los labios y apartando la silla para que se sentara.

—Bien —respondió ella, valorando la posibilidad de decirle algo sobre el comienzo de las contracciones. Miró a Clarice y decidió que no.

—¿Y nuestra pequeña? —sonrió James, poniendo una mano sobre su vientre.

—«Nuestra pequeña» —repitió Clarice con sorna—. ¿Os parece normal que a una semana del nacimiento de vuestra hija aún no hayáis elegido un nombre para ella?

Amaia abrió la carta y simuló leer después de dedicar una mirada a James.

—Oh, mamá, ya estamos otra vez, hay unos cuantos nombres que nos gustan, pero no terminamos de decidirnos, así que esperaremos a que la niña nazca. Cuando veamos su carita decidiremos cómo va a llamarse.

—¿Ah, sí? —se interesó Clarice—. ¿Y qué nombres barajáis? ¿Clarice, quizás? —Amaia resopló—. No, no, decíme qué nombre habéis pensado —insistió Clarice.

Amaia levantó la mirada de la carta mientras una nueva contracción tensaba su vientre durante unos segundos. Consultó su reloj, sonrió.

—Lo cierto es que ya lo he decidido —mintió—, pero deseo que sea una sorpresa. Solo puedo adelantarte que no será Clarice, no me gustan los nombres repetidos dentro de la familia, creo que cada cual debe tener su identidad propia.

Clarice le dedicó una sonrisa torcida.

El nombre de la pequeña era el otro misil que Clarice lanzaba contra ella cada vez que tenía ocasión. ¿Cómo iba a llamarse la niña? Su suegra había insistido tanto que James había llegado a sugerir que eligieran un nombre de

una vez, solo para que su madre dejase el tema. Se había enfadado con él. Era lo que faltaba: ¿iba a tener que elegir un nombre solo por satisfacerla?

—Por satisfacerla no, Amaia; debemos elegir un nombre porque de algún modo tendremos que llamar a la niña y tú parece no querer ni pensarlo.

Y como con el asunto de la ropita, sabía que tenían razón. Había leído sobre el tema y le había preocupado tanto que al final le había preguntado a la tía Engrasi.

—Bueno, yo no he tenido bebés, así que no puedo hablar de mi experiencia, pero a nivel clínico, sé que es bastante común en madres primerizas y sobre todo en los papás. Cuando ya se ha tenido un hijo, uno sabe a qué se enfrenta, ya no hay sorpresa, pero con el primer embarazo suele ocurrir que, a pesar de que el vientre crezca, algunas mamás no son capaces de relacionar los cambios en su cuerpo con un bebé real. Hoy en día, con las ecografías y la posibilidad de escuchar el corazón del feto y conocer el sexo, la impresión de realidad del hijo que se espera se agudiza, pero en el pasado, cuando no se podía ver al bebé hasta el momento del parto, eran muchos los que solo cobraban conciencia de que tenían un hijo cuando podían tomarlo en brazos y ver su carita. Las inseguridades que te inquietan son de lo más normal —dijo poniendo una mano sobre su vientre—. Créeme, no se está preparado para lo que supone ser padre o madre, a pesar de que algunos lo disimulen bastante bien.

Pidió un plato de pescado que apenas tocó y comprobó que las contracciones se distanciaban y perdían intensidad al estar en reposo.

Mientras tomaban el café, Clarice volvió a la carga.

—¿Ya habéis mirado jardines de infancia?

—No, mamá —respondió James, dejando su taza sobre la mesa y mirándola con cansancio—. No hemos mirado nada porque no vamos a llevar a la niña a la guardería.

—Bueno, entonces buscaréis a una niñera para que la cuide en casa cuando Amaia vuelva a trabajar.

—Cuando Amaia vuelva a trabajar yo cuidaré de mi hija.

Clarice abrió los ojos desmesuradamente y miró a su marido tratando de encontrar una complicidad que no halló en un sonriente Thomas, que negaba con la cabeza mientras sorbía su té rojo.

—Clarice... —avisó. Aquellas repeticiones del nombre de su esposa susurrado con tono de reproche eran lo más parecido a una protesta que llegaba a salir de la boca de Thomas.

Ella no se dio por aludida.

—No lo diréis en serio. ¿Cómo vas a cuidar tú de la niña? No sabes una palabra de bebés.

—Aprenderé —contestó él, divertido.

—¿Aprender? ¡Por el amor de Dios!, necesitarás ayuda.

—Ya tenemos una asistenta que viene por horas.

—No hablo de una asistenta cuatro horas a la semana, hablo de una niñera, una cuidadora que se ocupe de la niña.

—Lo haré yo, lo haremos entre los dos, esto es lo que hemos decidido.

James parecía divertirse y por la expresión de Thomas dedujo que él también. Clarice resopló, y adoptó una sonrisa tensa y un tono pausado que indicaba el supremo esfuerzo que hacía por ser razonable y paciente.

—Si yo entiendo todo esto de los padres modernos dándoles el pecho a sus hijos hasta que tienen dientes, durmiendo en su cama y queriendo hacerlo todo solos y sin ayuda, pero, hijo, tú también tienes que trabajar, tu carrera está en un momento muy importante, y en el primer año la niña no te dejará tiempo ni para respirar.

—Acabo de terminar una colección de cuarenta y ocho piezas para la exposición del Guggenheim del año que viene y tengo trabajos en reserva de sobra como para poder tomarme un tiempo para dedicarlo a mi hija. Además,

Amaia no está siempre ocupada, tiene temporadas de más trabajo, pero lo normal es que llegue temprano a casa.

Amaia notó cómo el vientre se tensaba bajo su blusa. Esta vez fue más doloroso. Respiró despacio tratando de disimular y miró el reloj. Quince minutos.

—Estás pálida, Amaia, ¿te encuentras bien?

—Estoy cansada, creo que me iré a casa y me acostaré un rato.

—Bien, tu padre y yo vamos a ir de compras —dijo Clarice—, o tendréis que tapar a esa chiquilla con hojas de parra. ¿Nos vemos aquí para cenar?

—No —atajó Amaia—. Hoy tomaré algo ligero en casa y procuraré descansar. Había pensado en ir de compras mañana, he visto una tienda que tiene unos vestiditos preciosos.

El señuelo funcionó; la perspectiva de ir de compras con su nuera serenó de inmediato a Clarice, que sonrió encantada.

—Oh, claro que sí, cariño, ya verás qué bien lo pasamos, llevo días viendo preciosidades. Descansa, querida —dijo dirigiéndose a la salida.

Thomas se inclinó para besar a Amaia antes de salir.

—Bien jugado —susurró, guiñándole un ojo.

La casa en la que vivían en la calle de Mercaderes no dejaba discernir por fuera la magnificencia de los altos techos, los amplios ventanales, los artesonados de madera, las maravillosas molduras que adornaban muchas de las habitaciones y la planta baja, donde James tenía instalado su taller y que en el pasado había albergado una fábrica de paraguas.

Después de tomar una ducha, Amaia se tumbó en el sofá con una libreta en la mano y el reloj en la otra.

—Hoy se te ve más cansada de lo habitual. Ya durante la comida he notado que estabas preocupada, casi no has prestado atención a las tonterías de mi madre.

Amaia sonrió.

—¿Es por algo que ha pasado en el juzgado? Me has dicho que han suspendido el juicio, pero no por qué.

—Jasón Medina se ha suicidado esta mañana en los servicios del juzgado, mañana saldrá en los periódicos.

—Vaya. —Se encogió de hombros James—. No puedo decir que lo lamente.

—No, no es una gran pérdida, pero imagino que tiene que ser un poco decepcionante para la familia de la chica que al final no vaya a pasar por el juicio, aunque lo cierto es que así se ahorran el tener que revivir el infierno escuchando detalles escabrosos.

James asintió, pensativo.

Amaia pensó en contarle el detalle de la nota que Medina había dejado para ella. Decidió que solo preocuparía a James y no quería estropear un momento tan especial con aquel pormenor.

—De todos modos es verdad que hoy estoy más cansada y que tengo la cabeza en otras cosas.

—¿Sí? —invitó él.

—A las doce y media he comenzado a tener contracciones cada veinticinco minutos. Al principio duraban solo unos segundos, ahora se han intensificado y las tengo cada doce minutos.

—Oh, Amaia, ¿cómo no me has dicho nada antes? ¿Has aguantado así toda la comida? ¿Te duelen mucho?

—No —dijo sonriendo—, no duelen demasiado, son más como una gran presión, y no quería que tu madre se pusiera histérica. Ahora necesito un poco de calma. Descansaré controlando la frecuencia hasta que esté lista; entonces iremos al hospital.

El cielo de Pamplona seguía cubierto de nubes que apenas dejaban entrever la luz lejana y temblorosa de las estrellas invernales.

James dormía boca abajo ocupando una porción de la cama superior a la que por derecho le correspondía, con la relajada placidez que era habitual en él y que Amaia había envidiado siempre. Al principio se había mostrado reticente a acostarse, pero ella lo había convencido de que era mejor que estuviera descansado para cuando de verdad le necesitara despierto.

—¿Seguro que estarás bien? —había insistido.

—Claro que sí, James, solo tengo que controlar la frecuencia de las contracciones; cuando llegue el momento te avisaré.

Se había dormido nada más tocar la cama y ahora su respiración acompasada y el suave roce de las hojas de su libro al pasar, eran lo único que se oía en la casa.

Interrumpió la lectura al notar una nueva contracción. Jadeó agarrándose a los brazos de la mecedora en la que había pasado la última hora y esperó a que la oleada pasase.

Contrariada, abandonó definitivamente el libro sin marcar la página, admitiendo que a pesar de haber avanzado no había prestado atención alguna al contenido. Las contracciones se habían intensificado mucho en la última media hora y habían sido muy dolorosas, a duras penas había podido contener las ganas de quejarse. Aun así decidió esperar un poco más. Se asomó al ventanal y miró a la calle, bastante concurrida en la noche del viernes a pesar del frío, de los chubascos intermitentes y de que ya casi era la una de la madrugada.

Oyó ruido en la entrada, se acercó a la puerta de su dormitorio y escuchó.

Sus suegros regresaban después de cenar y dar una vuelta. Se volvió para mirar la suave luz que despedía la lamparita con la que se había alumbrado para leer y consideró la posibilidad de apagarla, pero no había cuidado; su suegra era una entrometida en casi todos los aspectos, pero no llamaría ni loca a la puerta de su dormitorio.

Siguió controlando la frecuencia creciente de las contracciones mientras escuchaba los sonidos de su casa, sus suegros dirigiéndose a su propio dormitorio, y cómo todo cesaba dando paso al silencio plagado de crujidos y siseos que poblaban la enorme casa y que ella conocía como su propia respiración. Ya no tenía de qué preocuparse; Thomas dormía como un tronco y Clarice tomaba somníferos cada noche, así que hasta el amanecer no era consciente de nada.

La siguiente contracción resultó terrible, y a pesar de que se concentró en inspirar y espirar tal y como le habían enseñado en el curso de preparación al parto, tuvo la sensación de tener puesto un corsé de acero que apretaba sus riñones y comprimía sus pulmones de un modo atroz que le hizo sentir miedo. Estaba asustada, y no era por el parto; admitía que tenía algunos temores al respecto y sabía también que eran normales. Lo que la asustaba era más profundo e importante, lo sabía, porque no era la primera vez que se las veía con el miedo. Durante años lo había portado como a un viajero indeseable e invisible que solo se manifestaba en sus momentos de debilidad.

El miedo era un viejo vampiro que se cernía sobre su cama mientras dormía, oculto en las sombras, y que llenaba de horribles presencias sus sueños. Le vino a la mente de pronto el modo como lo llamaba su abuela Juanita, gaueko, «el de la noche». Una presencia que había retrocedido hacia la oscuridad cuando ella había sido capaz de abrir una brecha en sus propias defensas, una brecha por la que había penetrado la luz alentada por la comprensión y el entendimiento y que había revelado con toda crueldad los terribles hechos que habían marcado para siempre su vida y que, a fuerza de férreo control, ella misma había mantenido sepultados en su alma. Entenderlo, saber la verdad, afrontarla, había sido el primer paso, pero incluso en ese momento de euforia, cuando todo parecía haber pasado, sabía que no había ganado la guerra, solo

una batalla, gloriosa por ser la primera vez que le arrebatada un triunfo al miedo, pero solo una batalla. Desde aquel día había trabajado de firme para mantener abierta aquella brecha en el muro, y la luz entrando a raudales había fortalecido su relación con James y el concepto que de sí misma había forjado durante años y, como colofón, aquel embarazo, la pequeña criatura que crecía en su interior, le trajo una paz que nunca antes imaginó. Durante toda la gestación se había sentido muy bien, ni un mareo, ni una molestia. El sueño reparador de cada noche era sereno y plácido, sin pesadillas ni sobresaltos, y durante el día se había sentido tan llena de energía que ella misma se había extrañado. Un embarazo idílico hasta hacía una semana, desde la noche en que el mal regresó.

Como cada día había trabajado en comisaría; investigaban el caso de una mujer desaparecida en el que su compañero sentimental era el principal sospechoso. Durante meses, el caso se había tratado como una fuga intencional, pero la insistencia de sus hijas, seguras de que su madre no había desaparecido voluntariamente, había llevado a Amaia a interesarse por él y a relanzar la investigación. La mujer de mediana edad tenía, además de dos hijas, tres nietos, era catequista en su parroquia y visitaba diariamente a su anciana madre internada en una residencia. Demasiados arraigos para largarse sin más. Era cierto que de su casa faltaban maletas, ropa, documentos y dinero, y que todo se había comprobado en la fase preliminar. Aun así, cuando tomó las riendas de la investigación insistió en visitar el domicilio de la mujer. La casa de Lucía Aguirre aparecía tan pulcra y ordenada como la foto de la sonriente propietaria que dominaba el recibidor. En la pequeña salita, una labor de ganchillo descansaba sobre la mesita de café llena de fotos de sus nietos.

Recorrió el baño y la cocina, que estaban immaculados. En el dormitorio principal, la cama hecha y el ropero casi

vacío, al igual que los cajones de la cómoda. Y en el cuarto de invitados, dos camitas gemelas.

—Jonan, ¿qué ves de raro aquí?

—Las camas tienen colchas distintas —apuntó el subinspector Etxaide.

—Ya nos dimos cuenta en la primera visita, el otro edredón a juego está en el interior del armario —aclaró el policía que les acompañaba, repasando sus propias notas.

Amiaia lo abrió y comprobó que en efecto un edredón azul a juego con el de una de las camas estaba perfectamente doblado y protegido dentro de una funda transparente.

—¿Y no os pareció curioso que una mujer tan pulcra, tan cuidadosa del aspecto de su casa, no se tomase la molestia de poner las colchas a juego teniéndolas tan a mano?

—¿Para qué se iba a poner a cambiar las colchas si pensaba largarse? —Se encogió de hombros el policía.

—Porque somos esclavos de nuestro carácter. ¿Sabía que algunas mujeres alemanas del Berlín oriental fregaban el suelo de su casa antes de huir a la Alemania occidental? Desertaban de su país, pero no querían que nadie dijese de ellas que eran unas malas amas de casa.

Amiaia tiró de la funda sacando el voluminoso bulto del armario, lo puso sobre una de las camas y abrió la cremallera. El penetrante olor a lejía inundó la habitación. Con una mano enguantada tiró de uno de los extremos desdoblado la pieza y dejando visible en el centro del edredón una mancha amarillenta donde la lejía había devorado el color.

—Lo ve, agente, discordancia —dijo volviéndose hacia el policía, que asentía, asombrado.

—Nuestro asesino ha visto suficientes pelis de forenses como para saber que la sangre se limpia con lejía, pero ha resultado ser un desastre como amo de casa y no calculó

que aquí se comería el color. Que vengan los de la científica y que busquen sangre, la mancha es enorme.

Tras una minuciosa búsqueda por parte de la policía científica, se habían hallado restos, que pese a haber sido limpiados revelaban la presencia de una cantidad de sangre incompatible con la vida: un cuerpo humano alberga cinco litros de sangre; con la pérdida de quinientos mililitros se puede perder la conciencia, y la cantidad que evidenciaban las pruebas apuntaba a más de dos litros. Aquel mismo día habían detenido al sospechoso, un tipo chulesco y engreído con el pelo entreverado de canas demasiado largo y la camisa abierta hasta la mitad del pecho. Amaia casi se rio al ver su aspecto desde la sala contigua.

—Vuelve el hombre —murmuró el subinspector Etxaide—. ¿Quién va a interrogarle?

—El inspector Fernández, ellos llevaron el caso desde el principio...

—Creía que lo haríamos nosotros, ahora es un homicidio, si no llega a ser por usted todavía están esperando a que la señora mande una postal desde Cancún.

—Cortesía, Jonan, además yo no estoy para interrogatorios —dijo señalando su vientre.

El inspector Fernández entró en la sala contigua y Jonan activó el sistema de grabación.

—Buenos días, señor Quiralte, soy el inspector Fer...

—Un momento —interrumpió Quiralte, alzando las manos esposadas y acompañando el gesto con un golpe de melena digno de una diva del papel cuché—. ¿No va a interrogarme la poli estrella?

—¿A quién se refiere?

—Ya sabe, la inspectora esa del FBI.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó el policía, desconcertado. Amaia chascó la lengua con un gesto de fastidio. Quiralte sonrió, ufano.

—Lo sé porque soy más listo que tú.

Fernández se puso nervioso, no tenía mucha experien-

cia en interrogatorios a asesinos, seguramente se sentía tan observado como el sospechoso, que por un momento había conseguido desconcertarle.

—Recupera el control —susurró Amaia.

Casi como si hubiera podido oírla, Fernández recobró las riendas del interrogatorio.

—¿Y por qué quieres que te interroge ella?

—Porque me han dicho que está muy buena, y ¿qué quieres que te diga?, entre que me interroge una inspectora guapa o tú, no tengo dudas —dijo repantigándose en la silla.

—Pues tendrás que conformarte conmigo, la inspectora a la que te refieres no está de servicio.

Quiralte se volvió hacia el cristal espejo como si pudiera traspasarlo con la mirada y sonrió.

—Pues es una pena, tendré que esperarla.

—¿No vas a declarar?

—Claro que sí, hombre. —Era evidente que se divertía—. No pongas esa cara, si la poli estrella no está, llévame ante el juez y le diré que yo maté a esa estúpida.

Y en efecto confesó inmediatamente solo para tener después la desfachatez de decirle al juez que si no había cadáver no había crimen y que de momento no pensaba decir dónde estaba. El juez Markina era uno de los más jóvenes que conocía. Con el rostro de un modelo y sus vaqueros gastados, podía dar lugar a error llevando a algunos delincuentes a aventurarse demasiado, como había sido el caso, porque luciendo una de las encantadoras sonrisas que hacían estragos entre las funcionarias del juzgado, había decretado prisión para el sospechoso.

—¿Que no hay cadáver, señor Quiralte? Pues esperaremos a que aparezca. Me temo que ha visto usted demasiadas películas americanas. Con el mero hecho de admitir que sabe dónde está y que no quiere revelarlo ya tengo de sobra para tenerle en prisión indefinidamente, pero es que además ha confesado haberla matado. Quizá

pasar una temporada en la cárcel le refresque la memoria. Volveré a verle aquí cuando tenga algo que contarme. Hasta entonces...

Amaia había regresado a casa caminando, procurando, en un ejercicio de control, quitarse de la cabeza los detalles de la investigación y cambiar su humor lo suficiente para cenar con James y celebrar que aquel había sido su último día de trabajo. Le faltaban dos semanas para la fecha probable de parto y se sentía capaz de trabajar hasta el último día, pero los padres de James llegarían al día siguiente y él la había convencido de que se tomase sus vacaciones para estar con la familia. Tras la cena, el cansancio de la jornada la había llevado a caer exhausta en la cama. Se había dormido sin darse cuenta, recordaba estar hablando con James y luego, nada.

La oyó antes de verla, temblaba de frío y sus dientes al entrecostar hacían un ruido de hueso contra hueso tan intenso que fue suficiente para hacerle abrir los ojos. Lucía Aguirre con el mismo jersey de punto rojo y blanco que llevaba en la fotografía que descansaba sobre el mueble de la entrada de su casa, un crucifijo de oro sobre el pecho y el pelo corto y rubio, seguramente teñido para ocultar las canas. Nada más en su aspecto hacía recordar a la mujer risueña y confiada que sonreía a la cámara. Lucía Aguirre no lloraba, no gemía ni clamaba, pero había en el azul de sus ojos un dolor profundo y desconcertante que hacía aflorar en su rostro una mueca de profunda confusión, como si no entendiese nada, como si lo que le ocurría le resultase imposible de aceptar. Permanecía en pie, quieta, desorientada, apática, zarandeada por un viento implacable que parecía soplar desde todas las direcciones imprimiéndole un balanceo rítmico que resaltaba más la sensación de desamparo. Se abrazaba la cintura con el brazo izquierdo procurándose así un pequeño refugio que resultaba insuficiente para obtener algún consuelo, y de vez en cuando lanzaba miradas alrededor que eran

sondas buscando..., hasta que encontró los ojos de Amaia. Abrió la boca, sorprendida como una niña en su cumpleaños, y comenzó a hablar. Amaia veía cómo se movían sus labios amoratados por el frío, pero ningún sonido salía de ellos. Se incorporó hasta quedar sentada mientras centraba toda su atención en intentar entender lo que la mujer le decía, pero estaba muy lejos y el viento que arreciaba, ensordecedor, se llevaba los leves sonidos que brotaban de sus labios, que repetían una y otra vez las mismas palabras que ella no podía entender. Despertó confusa y disgustada por la sensación angustiosa que la mujer había conseguido transmitirle, y con un creciente sentimiento de desencanto. Aquel sueño, aquella aparición fantasmal, venía a romper un estado casi de gracia contra el miedo en el que había vivido desde que concibió a su hija, un lapso de paz en el que todas las pesadillas, los gaueko, todos los fantasmas habían sido exiliados a otro mundo.

Tiempo atrás, en Nueva Orleans, una noche frente a una cerveza fría en un bar de la calle Sant Louis, un sonriente agente del FBI le había preguntado:

—Y dígame, inspectora Salazar, ¿se le aparecen las víctimas asesinadas a los pies de su cama?

Amaia había abierto los ojos, sorprendida.

—No disimule, Salazar, sé distinguir a un policía que ve fantasmas de uno que no.

Amaia le miró en silencio tratando de averiguar si estaba bromeando, pero él continuó hablando mientras en su boca se dibujaba una sonrisa que no lograba ir más allá.

—... Y lo sé porque a mí hace años que las víctimas me visitan.

Amaia sonrió, pero el agente Aloisius Dupree la miraba a los ojos y supo que hablaba en serio.

—... Se refiere...

—Me refiero, inspectora, a despertarse en mitad de la noche y ver junto a tu cama a la víctima del caso que intentas resolver. —Dupree ya no sonreía.

Ella le miraba un poco alarmada.

—No me defraude, Salazar, ¿me va a decir que me equivoco, que usted no ve fantasmas?... Sería una decepción.

Ella estaba desconcertada pero no tanto como para arriesgarse a quedar en ridículo.

—Agente Dupree, los fantasmas no existen —dijo levantando su jarra en mudo brindis.

—Por supuesto, inspectora, pero si no estoy equivocado, y no lo estoy, en más de una ocasión ha despertado en mitad de la noche tras percibir la presencia de una de esas víctimas perdidas hablándole a los pies de su cama. ¿Me equivoco?

Amaia tomó un trago de cerveza resuelta a no decir nada pero invitándole a continuar.

—No debe avergonzarse, inspectora... ¿Prefiere el termino «soñar» con las víctimas?

Amaia suspiró.

—Me temo que resulta igual de inquietante, igual de incorrecto e insano.

—Ahí estriba el problema, inspectora, en calificarlo como algo insano.

—Explíqueme eso al loquero del FBI o a su homólogo en la Policía Foral —replicó ella.

—¡Venga, Salazar!, ni usted ni yo somos tan tontos como para exponernos al escrutinio del loquero cuando ambos sabemos que es algo que escaparía a su entendimiento. La mayoría de la gente pensaría que un policía que tiene pesadillas con un caso está, como poco, estresado y, si me apura, demasiado implicado emocionalmente.

Hizo una pausa mientras tomaba el último trago de su jarra y levantó la mano para pedir otras dos. Amaia iba a protestar, pero el calor húmedo de Nueva Orleans, la suave música procedente de un piano que alguien acariciaba al fondo del local y un antiguo reloj parado en las diez que presidía la barra del bar, la hicieron desistir. Dupree esperó hasta que el camarero puso las nuevas jarras frente a ellos.

—Las primeras veces es acojonante, afecta tanto que uno cree que ha comenzado a volverse loco. Pero no es así, Salazar, es justo lo contrario. Un buen detective de homicidios no tiene una mente simple, y sus procesos mentales no pueden serlo. Pasas horas intentando comprender la mente de un asesino, cómo piensa, qué desea, cómo siente. Después vas al depósito y esperas frente a su obra, aguardando a que el cadáver te cuente por qué, porque sabes que en el momento en que sepas cuál es su motivación tendrás una oportunidad de atraparlo. Pero la mayoría de las veces el cadáver no es suficiente, porque un cadáver es solo un envoltorio roto y quizá durante demasiado tiempo las investigaciones criminalísticas se han centrado más en intentar descifrar la mente criminal que en la propia víctima. Durante años, se ha considerado al asesinado poco menos que el producto final de una obra siniestra, pero la victimología se abre paso demostrando que la elección de la víctima nunca es casual; hasta cuando pretende ser aleatoria, eso mismo marca una pauta. Soñar con las víctimas es solo tener acceso a una visión proyectada de nuestra mente subconsciente, pero no por eso menos importante, porque es solo otra forma de proceso mental. Las apariciones de víctimas que se acercaban a mi cama me torturaron durante algún tiempo, me despertaba empapado en sudor, aterrorizado y preocupado, la ansiedad me duraba horas mientras valoraba hasta qué punto mi salud mental se estaba viendo afectada. Entonces yo era un joven agente y estaba a cargo de un agente veterano. En una ocasión, mientras llevábamos a cabo una tediosa vigilancia de varias horas, desperté de pronto de una de esas pesadillas. «Ni que hubieras visto un fantasma», me dijo mi compañero. Yo me quedé helado. «Quizá sí», le contesté. «¿Así que ves fantasmas? Pues la próxima vez harías bien en no gritar, en no resistirte tanto y en prestar más atención a lo que digan.» Fue un buen consejo. Con los años he aprendido que cuando sueño con una víctima,

una parte de mi mente está proyectando información que está ahí, pero que no he sido capaz de ver.

Amaia asintió lentamente.

—Entonces, ¿son fantasmas o proyecciones de la mente del investigador?

—Lo segundo, por supuesto. Aunque...

—¿Sí?

El agente Dupree no contestó, levantó su jarra y bebió.

Despertó a James intentando no alarmarle. Él se sentó de golpe en la cama frotándose los ojos.

—¿Vamos ya al hospital?

Amaia asintió con el rostro demudado mientras intentaba, sin éxito, sonreír.

James se puso unos vaqueros y un jersey que había dejado dispuestos a los pies de la cama.

—Llama a la tía para decírselo, se lo prometí.

—¿Han llegado ya mis padres?

—Sí, pero no los avises, James, son las dos de la madrugada. Seguramente el parto aún se prolongará, además lo más probable es que no les dejen entrar y tengan que permanecer durante horas en una sala de espera.

—¿Tu tía sí y mis padres no?

—James, ya sabes que la tía no vendrá, hace años que no sale del valle, es solo que le prometí que la avisaría cuando llegase el momento.

La doctora Villa tenía unos cincuenta años y el pelo prematuramente encanecido suelto en una melena corta que llegaba a ocultarle por completo el rostro cuando se inclinaba hacia adelante. Después de reconocerla se acercó a la cabecera de la camilla donde estaba tendida Amaia.

—Bueno, Amaia, tenemos noticias buenas y no tan buenas.